

---

saria, y la mejor y de más fruto para el hombre, y ésta toda se dejaron intacta los grandes filósofos antiguos». Podrían ser tomadas estas declaraciones como autoelogios de gusto dudoso que el boticario de Alcaraz no tuvo la prudencia de suprimir. Sin embargo, pienso que, más que una muestra de exagerada vanidad, estos juicios deberían ser considerados como síntoma de profundo convencimiento con que Sabuco creyó estar abriendo una nueva vía de acceso al conocimiento del hombre y de las cosas. Y en este punto, aún negándole la originalidad absoluta que para sí reclama, y aparte los anacronismos y errores inevitables, no le faltó al bachiller buena parte de razón.

Su doctrina antropológica (5), contenida principalmente en este primer coloquio, arranca de una concepción unitaria del ser humano y de la interacción de las dos realidades —alma y cuerpo— que lo componen. Lejos de propugnar una interpretación espiritualista del hombre —aunque sin negar la inmaterialidad e inmortalidad del espíritu—, Sabuco pone de manifiesto, en su estudio de las pasiones y en su análisis de la fisiología humana, el difícil equilibrio y toda la complejidad del individuo en su itinerario vital. Para el autor de la *Nueva Filosofía*, como subraya oportunamente Rodríguez Pascual, *el ser del hombre es su vida*. Y, consecuentemente, la antropología sabuceana está entreverada de una calidad dinámica que la aparta del esencialismo tradicional. Todo en el hombre es mudanza, nos advierte Sabuco: múdase el color del rostro, múdase la voz, múdase «el compás del meneo», cámbianse los gustos, la piel y el pelo; lo que en una etapa de la vida es causa de alegría, en otra produce enojo y tristeza; la despreocupación se torna en cuita y cuidado; la gracia deviene torpeza. Y así con todo lo demás, de tal modo que la serie de alteraciones constantes viene a constituir el carácter primario de la existencia. «Por Dios, señor Antonio» exclama *Veronio* a mitad de una larga enumeración de transformaciones: «más mudanzas hace el hombre que el animal tarando, del tamaño de un buey, que se muda, con el miedo, en todas las colores que le conviene para esconderse: entre flores azules se pone azul; entre coloradas, colorado; entre amarillas, amarillo; entre ramas verdes, verde; y en la tierra, de color de tierra». Y, por boca de *Antonio*, completa Sabuco en otro lugar: «Toda cosa que vive, siempre está en movimiento: o sube a la perfección, o baja a la corrupción y a la nada».

Ascenso y descenso, progresión y regresión, aumento y disminución, cremento y decremento. En esta tensión dialéctica se desenvuelve el ciclo de toda realidad viviente. Y en el caso de los animales y, en particular, del hombre, queda dicho ciclo regulado por la actividad del cerebro.